

TERCER GRADO: DE FORMACIÓN APOSTÓLICA: Evangelii nuntiandi

SEGUNDO TEMA: EVANGELII NUNTIANDI (para anunciar el Evangelio)
CURSO DE EVANGELIZACIÓN {lecciones 1 (4) -20 (23)}

Lección No. 3 (6).- EL "CÓMO" EN LA EVANGELIZACIÓN

Siguiendo el ejemplo de Jesús descubrimos métodos y prácticas

10. A costa de grandes sacrificios

Antes de proseguir –y deseando ser bien entendido- Paulo VI vuelve a dejar relacionados tres conceptos elementales para la evangelización: **1) el Reino, 2) la Salvación y 3) el Evangelio**: Esta es la síntesis de todo tratado de evangelización.

* El **REINO**: es la meta final o "estado" definitivo al que deben llegar todas las cosas: El Reino de Dios, el Reino de los Cielos.

* La **SALVACIÓN**: ya a ser para muchos la llegada, el arribo a tal estado de cosas, a la situación ya inmutable, sin más cambios, que ha de constituir la Vida eterna.

* **EI EVANGELIO**: es el "anuncio" del Reino y de la Salvación.

El evangelizador no debe perder de vista nunca estos tres elementos esenciales de la evangelización, bajo pena de que, si los pierde de vista, corre el peligro de desvirtuar su papel de evangelizador.

Por ello el Papa llama a las palabras "Reino" y "Salvación" a propósito de su importancia: «*palabras clave en la evangelización de Jesucristo*».

Muchos que no lo entendieron así, o que ya dentro de su actividad de evangelizadores las perdieron de vista, o las olvidaron, se fueron por el camino de las "añadidas" secundarias y dejaron de ocuparse en parte, o del todo, de lo que es esencial en su acción evangelizadora.

Así, dejaron de ser evangelizadores auténticos para convertirse en agentes de cualquier otra cosa, menos verdaderos y eficaces anunciadores del Evangelio, del Reino y de la verdadera Salvación.

Afirma aquí el Papa que por dos caminos, que a la vez se distinguen y coinciden, recibe el hombre el Reino de Dios y la Salvación:

* El primero proviene de Dios mismo: por gracia (*ne: recordemos que "gracia" viene del latín "gratia"= favor, lo que se obtiene de otro sin merecimiento del que lo recibe*) y por misericordia de Él (*ne: del latín= compasión*) de su parte. Esto es, que por este camino le llegan el Reino y la Salvación al hombre sin que él ponga nada de su parte, sin aportación suya, porque al Señor le place regalárselo movido por su infinita bondad que – hablando a lo humano– le hace sentir nuestra desgracia original y actual.

* El segundo camino, en cambio, se debe a la iniciativa del hombre; por este medio le llegan el Reino y la Salvación a través del esfuerzo y el empeño con que el hombre mismo los busca, si bien, como dice San Pablo, aún este interés y deseo de búsqueda, son gracia divina: «*Mas, por gracia de Dios, soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia*

de Dios que está conmigo» (1 Co 15, 10). El segundo camino es el interés y esfuerzo que pongamos en obtener el Reino y la Salvación.

Estas dos vías de acceso, como vemos, son diferentes; sí, pero a veces son coincidentes, es decir, se presentan una con la otra reunidas de modo que parecen una sola: desde luego la gracia y la misericordia divinas siempre están actuando sobre nosotros, de manera que el primer camino siempre existe, siempre abierto.

En el segundo, nuestro interés y el trabajo que pongamos por obtener el Reino y la Salvación, lo que no siempre se presenta. Es en particular de esta última forma de conseguir el Reino y la Salvación de lo que se ocupa Paulo VI en este inciso número 10.

Para ello trae a la memoria dos citas evangélicas: (Mt 11, 12) «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan» y (Lc 16, 16): «La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buen Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él».

Si analizamos estos dos pasajes coincidentes, los dos nos hablan de una cosa, mejor dicho, de un personaje: Juan el Bautista que con su vida y misión es como signo vivo que clausura la Antigua Alianza –la de la Ley y los Profetas–, en cuyo trascurso el hombre estuvo atendido a la iniciativa divina para obtener la salvación.

Al mismo tiempo el Bautista es signo vivo de la inauguración de la Nueva Alianza, en que no sólo opera Dios para salvar al hombre, sino que desde ese momento éste ha de poner de su parte, y así relata San Marcos como actuaba San Juan Bautista en su misión: «Voz que clama en el desierto: "Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas"» (Mc 1,3). Que es algo que ya había predicho Isaías (40,3).

Ese es el segundo camino por el que han de llegar el Reino y la Salvación, el que prepara y allana el ingreso de la gracia. Para que penetren en ellos, a partir del anuncio de San Juan los hombres tienen que abrir la puerta de sus corazones.

Ya definido el segundo camino, ahora se va a ocupar el documento de instruirnos de cómo es esto posible, para que conociendo sus asperezas y dificultades nos preparemos debidamente a la labor de aderezarlo.

Ante todo evitemos el perdernos: no vamos sólo a abrir un camino que recorrer para encontrar el Reino, sino que prepararemos también una brecha dentro de nosotros, abrir la inteligencia mediante la reflexión, y la voluntad motivando los afectos, que son el camino por el que el Reino entrará en nuestro corazón. Se trata de un trabajo que va a ser para nosotros duro, difícil y contrario a nuestras humanas tendencias.

Es por lo que San Paulo VI nos recuerda que ya Cristo había dicho que tan sólo los que *"quieren realizar esfuerzos"* -**los esforzados**- llegarán a trazar el camino, desmontarlo de las viejas malezas de nuestras tendencias desordenadas, allanarlo, pavimentarlo por medio de la docilidad y el desprendimiento, la renuncia a viejos ídolos que nos impiden acercarnos a Dios.

* **El primero:** –personal nuestro– indica que para llegar a poseerlo, antes tendremos que hacer muchas renunciaciones, realizar muchos esfuerzos.

Cuando rezamos el Padrenuestro, pedimos «*venga a nosotros tu Reino*», quizá en nuestra mente e intención se anida una idea falsa detrás de otra verdadera: pues estamos consintiendo el deseo que penetre en nosotros el Reino por obra y gracia de Dios (idea verdadera), pero permaneciendo nosotros pasivos, y, si acaso, receptivos (en actitud de recibir) como los polluelos de la golondrina en el nido, que nada más abren el pico para que sus padres introduzcan por ahí el alimento hasta el gorguero, con lo que parece que los hijos no se toman ni el trabajo de masticar ni de tragar, (idea falsa).

* **El segundo:** –ajeno a nosotros– es la oposición que encontramos en el demonio, el mundo y la carne, que ponen toda clase de obstáculos dentro y fuera de nosotros mismos para que no se instale el Reino en nosotros.

Así, nos instruye la Exhortación, debemos tomar la resolución de abrir camino, empleando la motivación en nosotros mismos, pese a las fatigas y sufrimientos, a las contradicciones de nuestras tendencias y deseos, a la renuncia a lo que en muchas ocasiones nos parece legítimo, pero que acaso llega a constituirse en una barrera que impide instalarse el Reino en nosotros.

Lo que nos recuerda la advertencia evangélica: la imposibilidad de tener «*dos señores*»: servir a la vez a Dios y a las riquezas (Mt 6,24). La importancia de corregir nuestros defectos antes que mirar los ajenos: exigimos la perfección a nosotros y ser indulgentes con los demás (Mt 7, 3): entrar por la puerta estrecha y olvidar la ancha: soportar las dificultades para ganar el Reino rehuyendo la vida comodina (Mt 7, 13). No quedarse en buenos deseos sino llegar a la acción (Mt 6 y 7). En Mt 10, 37 se encuentra quizá la advertencia más dura: la renuncia al amor de padres e hijos cuando este amor se interpone. La renuncia a la vida temporal (Mt 10, 39) habla en razón de quienes aceptaron llegar hasta el martirio por la aceptación del Reino.

Llama la atención que emplea Jesús la imagen de la cruz como símbolo de la renuncia, aceptación y vida de perfección por la contradicción de sí mismo mucho antes de morir: «*el que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí*». (Mt 16, 24).

Estas aceptaciones y renunciaciones no han de ser contempladas con sentido de conformidad pasiva, como algo que no teniendo remedio ni posibilidad de eludir, se acepta con desesperanza, con fatalismo, como lo que en el paganismo se denominaba “*fatídico*”, donde entendían que si los dioses habían decidido quien debía sufrir y quien no y no pudiendo rebelarse a esa decisión había que conformarse.

No, en el cristianismo la aceptación de la cruz tiene un sentido profundo y de firme esperanza en una remuneración, de proporciones mayores a la prueba que conocemos como “*Bienaventuranza*”.

Esta esperanza fue la causa de que los paganos miraran asombrados a los mártires marchar llenos de alegría a la muerte y dar testimonio de su

fe en medio de un contento portentoso: era la convicción del premio. Del mismo modo, la prueba –a veces más pesada- de una cruz de todos los días, ser soportada también con gusto cuando el hombre, inundado de fe y esperanza, pues no hay prueba que supere la alegría de quien está convencido de la excelencia del premio que le aguarda (2 Tm 4, 6-8).

Finalmente nos previene San Paulo VI de que nada de eso es posible si antes no se ha efectuado un cambio interior en nosotros. Si no se realiza en nuestro interior la "metanoia" (ne: μετάνοια= cambio de opinión, viraje, conversión, una segunda conversión) esto es, que en adelante nuestras aspiraciones y deseos miren hacia lo alto, a las cosas santas, limpias de pecado, a todo lo bueno, a Dios, de manera definitiva, radical, y así el apóstol escribe: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba... Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra» (Col 3, 1-2).

Es lo que proclamaba el Bautista: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca» (Mt 3, 2), que es lo mismo por donde Jesucristo comenzó su misión pública, esto es, su evangelización (Mt, 4,17). De hecho, lo primero en la evangelización es conseguir que los convocados se conviertan.

Paulo VI nos está instruyendo que para ser evangelizador auténtico, debe realizarse en nuestro interior ese cambio interior sin el cual nosotros mismos, los evangelizadores, no podemos ser evangelizados. Corremos el riesgo de no pasar de ser ciegos guías de ciegos: «¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?» (Lc 6, 39). Este cambio va a ser para nosotros un gran sacrificio, así lo anuncia el Papa, más es necesario para quien se decida a colaborar en la evangelización.

11. Predicación infatigable

Dos son los factores que intervinieron en la manera como Cristo realizó su evangelización: 1) la **palabra** y 2) el **signo**.

* **La palabra:** hablada y escrita, por cuanto es el medio ordinario para que el hombre comunique sus ideas a los demás. Con todo, la palabra no siempre tiene virtud para convencer hacia el bien, como medio de comunicación social debería ser aceptada por todos, y en su contenido creído por todos, la malicia ha desvirtuado muchas veces su valor, al emplearla con mentira y doblez de significado.

Por ello es importante analizar los Evangelios cómo fue recibida la palabra de Jesucristo entre los que le escucharon durante su vida pública.

En particular para nosotros, es importante este análisis para entender cuál es la virtud y la eficacia de la palabra cuando se convierte en el medio de difusión del Reino y la Salvación. El ejemplo del Divino Maestro tiene así para nosotros una importancia fundamental.

Tres son las cualidades que deben existir en la palabra de todo evangelizador: 1) **autoridad**, 2) **verdad** y 3) **claridad**; y de ellas se habla en las tres citas evangélicas que se consignan en el documento de Paulo VI.

+ **hablar con autoridad:** Ya hemos dicho que si por la palabra

"Evangelio" entendemos la "Buena Noticia", por la palabra Evangelizador hemos de entender a aquel que es portador de la noticia. Ahora bien, cuando Cristo se presenta a dar la noticia, lo hace bajo la apariencia de un hombre común. Con todo, no es un hombre común, que hable por sí mismo: es el enviado del Padre, cuya misión es precisamente hablar de lo que el Padre quiere darnos a saber: «Los judíos, asombrados decían: '¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado?' Jesús les respondió: 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. El que quiera cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios o hablo por mi cuenta». (Jn 7, 15-16). Asimismo, en la Última Cena descubre cuál ha sido el mensaje que nos trajo: «(Padre) He manifestado tu Nombre a los que me has dado sacándolos del mundo. Tuyos eran y Tú me los has dado; y han guardado tu palabra. Ahora que ya saben lo que Tú me comunicaste; ellos han aceptado verdaderamente que vengo de ti, y han creído que Tú me has enviado» (Jn 17, 6-8).

La autoridad con que habla el Señor Jesús, es la que proviene de quien le ha enviado: el Padre, Principio de toda existencia y autoridad.

De aquí que Jesucristo habla con la más soberana y plena autoridad, la que se manifiesta en todo su esplendor en la escena de la Transfiguración «Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y salió de la nube una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadle» (Mt 17, 5). Una escena semejante ocurrió durante el bautismo de Jesús, con manifestación plena de la Santísima Trinidad: «Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre Él. Y una voz que venía de los cielos decía: éste es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3, 16-17).

Este «escuchadle» es a la vez mandato y sugerencia amorosa del Padre que en un rasgo misericordiosísimo se valió de su Hijo para darnos el mensaje de salvación, después de haber enviado a los profetas que no fueron atendidos. A esto se refiere el mismo Jesús en la parábola de los viñadores asesinos que aparece en (Mt 21, 33-42), quienes mataron primero a los siervos mensajeros del amo, y finalmente mataron también a su hijo para quedarse con la herencia.

Y ese testimonio que da el Padre de Jesús es el que constituye la base de la autoridad con la que Él habla: «El Padre, que me ha enviado, es el que ha dado testimonio de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz, ni habéis visto nunca su rostro, ni habita su Palabra en vosotros, porque no creéis al que Él ha enviado. Investigad las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5, 37-39).

Y es que también el Antiguo Testamento en el cual decían los fariseos creer era un testimonio que fincaba la autoridad de Jesús: «He aquí mi siervo a quien Yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él, dictará ley a las naciones» (Is 42, 1).

Ejemplo da así Jesús de que nadie puede hablar acerca del Reino sin

recibir autoridad para hacerlo. Hoy el evangelizador recibe esa autoridad del mismo Cristo –que la recibió del Padre– a través del mandato del obispo: «*En verdad, en verdad os digo: quien acoja al que Yo lo envíe me acoge a mí, y quien me acoge a mí, acoge a Aquél que me ha enviado*» (Jn 13, 20). «*Me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 18-20).

Este mandato, dado personalmente a los Apóstoles, implica la potestad de delegar funciones a sus colaboradores; de aquí nace el requisito de que para trabajar como agentes de evangelización, los miembros de la Iglesia se unan estrechamente con su Obispo y de él adquieran la facultad de evangelizar.

La facultad de enseñar que llega a los laicos desde el Obispo a través de la Jerarquía, es la que presta autoridad al agente de evangelización.

De modo que es necesario mantenerse unido de algún modo y a través de alguien al Obispo para que la misión sea legítima. Comúnmente esto se realiza a través del párroco.

+ **hablar con verdad:** constituye para el evangelizador una gran responsabilidad enseñar la verdad. Y para ello, junto con la invocación de la luz del Espíritu Santo –que no la niega jamás al que la pide con humildad y recta intención–, es necesario que busque su más amplia instrucción en la medida de sus posibilidades. De modo que constituye una peligrosa temeridad lanzarse a actuar sin la previa preparación tanto instructiva como formativa.

Hablar como Jesús es hablar sobre la verdad; constituye gravísima responsabilidad hablar sin certeza de lo que se dice; y en todo caso siempre será mejor pasar por ignorante, y con sencillez reconocer ante los demás las propias limitaciones, ofreciendo investigar e instruirse sobre lo que de momento no se puede responder, que faltar a la verdad; o al menos arriesgar la verdad de lo que se habla, cuando no se está seguro.

+ **hablar con claridad:** No basta hablar con autoridad y hacerlo sobre la verdad, es necesario saberlo transmitir. Y esto también exige preparación. De poco serviría proclamar con autoridad la verdad sin saberla difundir adecuadamente, haciendo de este modo lenta y difícil la propagación de la verdad.

No importa que lleve tiempo prepararse para poder enseñar: siempre los frutos se producirán después con abundancia efectiva por parte del evangelizador debidamente preparado para saber transmitir. Hacerlo de manera precipitada, sin preparación adecuada, sólo acarreará confusión de ideas, cuyo fruto amargo será la propagación de errores.

Con todo, es posible intentar la tarea desde el principio de la propia preparación, siempre que se tenga presente con humilde reconocimiento la limitación de obrar, entonces con sencillez, a sabiendas de que de momento lo que se puede hacer es poco, solicitar ayuda, de ser esto posi-

Derechos reservados, prohibida su reproducción por cualquier medio

ble, a otro que tenga mayor conocimiento, de quien se puede aprender, en todo caso, siempre acudiendo a quien más sabe.

Nada conviene que sea improvisado, nada expuesto con sólo aparente seguridad cuando sea ignorado: lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, lo ignorado como ignorado, lo supuesto como supuesto, todo con ánimo de que sea esclarecido, y aclararlo consultando con quien más sabe hasta hacer surgir la verdad.

Estas tres cualidades –en la justa proporción de la Persona de Jesús que hablaba– fueron las que hicieron que Él maravillara a sus oyentes, que desautorizara a sus oponentes, que los de buena voluntad se le arremolinaran en derredor para escucharle: «*Cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas*» (Mt 7, 28-29). «*Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y fariseos. Estos les dijeron: '¿Por qué no le habéis traído?' Respondieron los guardias: 'Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre'*» (Jn 7, 45-46).

TODO REFERIDO A CRISTO: Es tan maravillosa la doctrina de Jesús, tan convincente la verdad cuando se le escucha, que con frecuencia el evangelizador será objeto de personificación de lo que dice. Muchos de los que le oigan, le atribuirán el mérito de lo que dice, y así ellos le van a signar la gloria que sólo corresponde a Cristo, a Dios. Es el secreto del éxito que consiguen muchos predicadores: no es tanto su modo de exponer, sino lo que exponen, lo cual sólo pertenece al que los envió. Es importante recordar el ejemplo de San Juan Bautista: «*viene un hombre detrás de mí, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo*» (Jn 1, 30). Cristo ha de ser quien ha de ser manifestado, el evangelizador debe desaparecer.

PALABRAS QUE CAMBIAN EL CORAZÓN Y EL DESTINO: Termina el Papa este párrafo indicando cuál es el fruto de la palabra de Cristo: escuchándole Él es el único capaz de que el hombre se transforme en su interior, y que, como consecuencia, dé a su vida un cambio de rumbo.

12. Signos evangélicos

El segundo factor en la evangelización de Jesús fue el **signo**, es decir, que apoyó la palabra, la predicación, en signos exteriores y perceptibles por medio de los sentidos, para favorecer a sus seguidores, para hacerles más fácil e interés por su doctrina. Estos signos exteriores fueron 1) los **milagros** y 2) el **cumplimiento de las profecías**.

* **El milagro.** Ya sabemos que el milagro es un suceso que contraviene las leyes de la naturaleza, cuyo legislador es Dios y, por tanto, solamente Dios es quien puede realizar el milagro, o un enviado suyo.

Esto sucedió con los profetas. Los milagros lograban captar la atención del pueblo porque, además de asombrar a la multitud, la necesidad material los hacía aceptar ser llevados a lo espiritual escuchando las enseñanzas. Iban de lo natural a lo sobrenatural.

* **La profecía.** El cumplimiento de las profecías es también un signo; su

importancia puede escapar a nuestros ojos por no ser judíos ni haber vivido en aquellos tiempos: para el judío de entonces, las profecías habrían de servir en su cumplimiento como señal de la llegada del Mesías; su presencia habría de ser anunciada por ellas; su autenticidad debería de ser certificada por el cumplimiento de ellas. El que quisiera engañar al pueblo fingiendo ser el Cristo, habría tenido que pasar la imposible prueba del cumplimiento de las profecías.

Las profecías fueron variadas y muy importantes. Muchas eran desconocidas por el pueblo, algunas muy difíciles de explicar, aún por los doctores de la Ley.

Jesús no eludió a todas, ni siquiera se refirió de palabra a las más importantes; simplemente las "vivió", se realizaron en Él, en los que vivieron junto a Él, más aún, se cumplieron aún por sus enemigos sin proponérselo.

Un signo muy significativo es, que no sólo que las muchedumbres vayan detrás de Jesús, sino que sean los más pobres los que las conforman. Esto no es algo desconocido para nosotros: también en los tiempos actuales se puede contemplar dondequiera, más aún, en nuestros templos. ¿La causa? Pudiera ser que la necesidad haga sentir y reflexionar al necesitado que cuando los hombres no pueden o no quieren remediar sus necesidades, o sus medios son insuficientes para satisfacer sus necesidades, -acaso detrás de promesas que a la postre resultaron falsas, dejando defraudadas sus esperanzas-, entonces es cuando el necesitado se vuelve a Dios y a sus enviados, acepta sus preceptos y los pone en práctica.

Parece que a veces Dios se vale de estos extremos para llamarnos; parece que es entonces cuando abrimos los oídos a su voz.

Si extendemos el sentido de la palabra "pobres" hasta abarcar con ella a todos los que padecen de alguna manera, entenderemos que en realidad, tarde o temprano todos entraremos en esa apreciación; pobres son los que no tienen dinero, también los que padecen enfermedad difícil o incurable; quienes llevan el alma herida, aquellos a los que agobia la soledad -la más grave, la soledad en medio de la sociedad-, esos que no alcanzaron el éxito o cayeron tras de haber sido elevados en la fama, en el poder, en la estima de los hombres. ¡cuántas formas hay de sentir la necesidad de Dios!

Es entonces cuando nos convertimos (convertirse es cambiar el rumbo), y emprendemos el camino detrás de Jesús; somos entonces los pequeños que escuchan el mensaje evangelizador.

No era que antes no creyéramos, sino que había tantas cosas que nos ocultaban la verdad, nos distraían y nos alejaban por irnos en pos de ilusiones y espejismos.

Nadie es en realidad rico, todos de algún modo somos -antes o después fuimos, lo seremos- verdaderos indigentes de Dios.

Ojalá esto nos sirva para encontrarnos con Jesús y seguirle, la auténtica conversión será el más feliz desenlace.

Prohibida su reproducción por cualquier medio, sin autorización por escrito